VI

EL DÍA DE LA FIESTA

Una banda de música tocando diana por las calles alfombradas de flores, anunció á los habitantes de La Festosa el amanecer del día 22 de Julio, que es el día de la Magdalena. Tras de los primeros compases de la música empezaron los cohetes á silbar por el aire y á estallar en la altura repetidamente. Las campanas vinieron bien pronto á reforzar la alegría de los voladores y de la banda con la alegría de un general repique, seguido de volteos prolongados y majestuosos. Fué un amanecer gozoso y espléndido.

Sin crepúsculo apenas surgió radiante el sol de entre las ondas azules del mar, y vino á reflejarse en los rojizos tejados de la población, en los limpios cristales de sus múltiples miradores y galerías, en las banderolas y gallardetes con los colores nacionales que ondeaban sobre los arcos de

triunfo de las bocas de las calles, y todo á lo largo de éstas sobre postes irisados de percalina; en las colgaduras blancas y azules que engalanaban los balcones; en los farolillos venecianos que pendían de los árboles anunciando para la noche una iluminación fantástica...

Despertóse la gente, y comenzó á bullir por todas partes con algazara indescriptible y con actividad prodigiosa. Aquí unas mujeres acababan de vestir un arco de follaje; allá unos hombres clavaban los armatostes para los fuegos de artificio; á este lado unos rapaces extendían hinojo nuevo y sembraban nuevos claveles en la calle que había de recorrer la procesión; al otro lado unas niñas intercalaban rosas húmedas de rocío entre las hojas de hiedra de unas grandes cadenas que circundaban la plaza de la santa. Los hermanos principales de la cofradía iban apresurados de una parte á otra, dando órdenes ó haciendo advertencias para que todo estuviera en su punto...

Por ambas ramas de la carretera, la oriental y la occidental, entraban coches con personas de viso, procedentes de otras villas importantes y aun de la capital de la provincia. Los aldeanos y aldeanas del contorno acudían á bandadas...

Observaba yo con benévola curiosidad todo aquel movimiento desde muy temprano, pues me había echado á la calle poco después del toque de diana. Al oir el de Misa mayor me volví á la fonda á tomar el desayuno, y la dije á mi madre:

—Iremos á Misa, mamá...

—Yo no, hijo mío; no me atrevo—me contestó:—tengo miedo á ponerme mala... Es pequeña la capilla, se llenará de gente, ¡y hará un calor!... Tú sí, vete: yo he oído ya otra Misa en cuenta de no ir á ésta.

Me fuí solo hacia la ermita de la santa, animado todavía de los nobles propósitos que había formado por la noche, resuelto á dedicarme exclusivamente á mi prima echando á paseo todo lo demás, decidido á perseverar sin intermitencias en obsequiarla hasta convencerla de la realidad de mi amor, y declararme luego á ella formalmente dejándome de devaneos. Pero apenas llegué á la plazuela de la santa, vino á dejar muy mal parados todos estos propósitos la mejicana, pasando por delante de mí elegantemente vestida de negro, como iba el día del Carmen en Trascumbres, y llevándoseme la mitad del alma enredada entre los pliegues de la mantilla.

Era en vano intentar contra ella resistencia alguna. No había más que huir ó rendirse.

Entre los antiguos hebreos existía la

creencia de que nadie podía ver á Dios sin morir en seguida. Algo parecido sucede con esta obra de Dios maravillosa: tampoco se puede vivir después de haberla visto. Porque no es vivir el vivir sin albedrío, en continua intranquilidad, en zozobra constante.

Entré en la capilla al comenzar la función, que fué muy solemne. Una Misa de Eslava cantada á toda orquesta, con unos *Kiries* y un *Gloria* que parecía que no se acababan nunca. También el sermón fué bastante largo. Habían traído los cofrades para hacer el panegírico de la santa titular, un orador de la capital de la Diócesis, joven todavía, pero ya de bastante fama, y no del todo injusta. Un poco enfático á veces, algo conceptuoso en determinados pasajes; pero en general, desempeñó su misión bastante bien: claro en la exposición, seguro en el razonamiento, sobrio en la acción, elocuente en el persuadir, con voz simpática, con buen sentido, con modestia, con unción cristiana.

«María de Magdalo ó María Magdalena —vino á decir en sustancia,—era muy hermosa; y en lugar de agradecer debidamente á Dios aquel don precioso de la hermosura, le empleaba en ofenderle. Según el sentir de graves expositores, no es que anduviera desvergonzadamente entregada á la deshonestidad, ni que hubiera llegado á

arrastrarse por los inmundos lodazales del vicio; pero por lo menos vivía amundanada, olvidada de Dios y haciéndosele olvidar á otros infelices seducidos con el atractivo de sus encantos, divertida, sin pensar más que en lujos y en juegos y en bailes y en todo género de profanas fiestas.

»En este estado de distracción, de atolondramiento, de pecado, porque no hay que olvidar que el Evangelio la llama sin rodeos pecadora, se encontraba la Magdalena cuando recibió la visita sublime de la Divina Gracia en una mirada del Salvador del mundo. Aquella mirada, mezcla de reprensión y de amor, de dulzura y de severidad, la llegó al alma.

»Desde entonces comenzó la Magdalena á seguir á Jesús tímidamente y á cierta distancia, atraída por misteriosa fuerza interior, la Gracia, y contenida á la vez, en parte por el temor á las burlas del mundo, y en parte por la vergüenza que la daba presentarse al Señor con una historia tan poco laudable.

»Al fin llegó un día en que se decidió á romper con todos los humanos respetos, y fué á echarse con valerosa resolución á los pies de Cristo. Así nos la pinta un poeta contemporáneo, en una oda que anda impresa al final del libro que la Cofradía ha publicado en honor de la santa penitente:

«Turbios los ojos bellos,
Mustio el semblante que envidió la aurora,
Tendidos los cabellos,
La hermosa pecadora
A los pies de Jesús contrita llora.

Con lágrimas los lava,
Con oro de su frente los enjuga,
Con mil besos los graba...»

»Llorando á los pies de Jesús, lavándolos con sus lágrimas, limpiándolos y enjugándolos con sus cabellos y con sus labios, le confiesa humildemente sus liviandades:

«¡Señor! Yo soy aquella
Pobre mujer en la maldad caída...
La castellana bella
De juventud perdida,
De turbulenta y licenciosa vida.

Rica, joven, hermosa,
Dormida entre mortales ilusiones
El alma perezosa,
Fueron mis ambiciones
Rendir y aprisionar los corazones...»

»Tras de la humilde confesión de su mala vida, sin dejar de llorar, y siempre abrazada á los pies del Señor, le pide dolorida y confiada el perdón de sus culpas:

«Mas ya vengo doliente
Tu perdón á implorar: ve las señales
Del dolor en mi frente...

Mira ya derribada
Mi soberbia á tus pies; heme rendida...

Ya rompo las livianas
Galas del mundo y á tus pies las huello...

Ya, mi bien, sólo aspiro
De tu amor santo á conseguir la palma...
Yo por tu amor suspiro,
Tú mis zozobras calma...
Como lavo tus pies, lava mi alma...»

»Y en efecto, Jesús misericordioso y amante, lavó su alma con el perdón, la defendió contra las murmuraciones de los presentes, y la dijo aquellas palabras dulcísimas: «Vete en paz, que ya estás perdonada.» Después de lo cual lloró María tan á finas veras sus pasadas vanidades y fué tan fiel amiga de Cristo, que, inflamada del verdadero amor, del amor que no teme, le siguió constantemente á todas partes, lo mismo al triunfo de la entrada en Jerusalén que á la ignominia del Calvario, mereciendo que el Evangelista que fué testigo presencial de la pasión y de la muerte de Jesús, la mencionara entre el escaso acompañamiento que llegó con Él hasta el suplicio, entre las contadísimas personas que en el momento solemne de morir *staban juxta crucem*...

»Fué luego la primera que, en la mañana de la Resurrección, encontró el sepulcro del Señor vacío, porque fué la que madrugó más á llevarle aromas. También fué la primera, si se exceptúa á la Santísima

Virgen, en tener la dicha de ver á Jesús resucitado, creyendo con tan viva fe el estupendo milagro de la resurrección, que trató de abrazarse nuevamente á los pies de Jesús, y lo hubiera hecho sin la prohibición del Señor, que la dijo: *Noli me tangere...*

»Cuando Jesús se subió al cielo, la Magdalena sufrió persecución por El como los demás discípulos, y por confesarle con valerosa constancia, fué echada al mar en un barco sin timón ni velas ni remos, arribando milagrosamente á la costa meridional de Francia, donde, siempre encendida en el amor de Jesús, se retiró á una gruta y allí vivió en grande austeridad y penitencia hasta que la llegó la hora de ir á reunirse con el Amado en su Reino inmortal, para ser allí por Él coronada de gloria...

»Todos recibimos oportunamente la visita de la Divina Gracia, la mirada de Dios... En corresponder á ella está nuestro mérito y nuestra dicha... Entre cada cual dentro de sí mismo, y vea cómo corresponde á las miradas amorosas que el Señor le dirige...»

Obedecí inmediatamente, subyugado por la palabra severa del sacerdote, y comencé á escudriñarme el interior, pensando que no eran otra cosa sino miradas cariñosas de Dios aquellos rayos de claridad que me hacían ver lo deficiente y lo frívolo de mi

conducta, y aquellos deseos casi irresistibles de reformarla... Había que corresponder con más docilidad á aquellas inspiraciones y á aquellos impulsos... Había que renunciar á los recientes devaneos y rendirse á Dios con firme voluntad de cumplir su ley, para que Dios pacificara mi conciencia alborotada, diciéndome las mismas palabras dulcísimas con que sosegó en otro tiempo las tempestades del corazón de la Magdalena: *Vade in pace...*

Salí cuando se acabó la Misa, y me quedé al lado derecho de la puerta para ver salir la gente... Claro es que la gente que yo quería ver salir era... la que había visto entrar... Payito, y nada más que Payito, con su elegante traje negro, con el cual me parecía más hermosa que con ningún otro, porque se le ponía menos veces... No llegué á verla, porque á poco de estar allí averado, salió mi prima, á quien no esperaba, pues no sabía que estuviera dentro, y se paró á la misma puerta mirando á un lado y á otro como contrariada é impaciente.

—¿A quién buscas?—la dije acercándome á ella.

—¡Ay! ¿estabas tú aquí?... A Pepe, mi hermano, buscaba, que vino á traerme y me ofreció volver por mí, y ahora no le veo...

—No, no está por aquí, no mires... Ya